

MEDITACIONES PARA UN MIÉRCOLES DE CENIZA

Carlos Morand

Departamento de Literatura
Universidad de Chile

Mi amigo Aristarco es un oscuro papiriólogo de Alejandría, una criatura que no es ni dios ni semidiós; ni titán siquiera. Es un pobre mortal, casi un hombre. Aristarco —afirma él— es padre de un oficio que en edades más dignas se levantaba un palmo apenas de los esclavos; de un oficio que las clases cultivadas solían confundir con el gremio de los adivinos, los comerciantes de metales viles y los sofistas sin discípulos. Me refiero al oficio de crítico literario, cuyo desplazamiento en el plano de la ciudad, las autoridades, por razones de simple higiene, limitaban entre los bazares de los mercaderes fenicios y el barrio de los mendigos.

Con la llegada de la estación en que emigran las golondrinas, Aristarco sufre un equivalente de la modorra invernal de los osos. No duerme, pero se pasa los días envuelto en una gruesa manta desteñida, mientras sus ojos, velados ya por tanta lectura inútil, no se apartan de la chimenea. Se vuelve nostálgico y le entra por evocar experiencias de su naturaleza anterior, cuando aún no le había sobrevenido la atroz metamorfosis que le hizo pasar de dios creador a primer ciudadano del mundo percedero de la Crítica. La proximidad del fuego tiene el poder de despertar aquella parte de su ser para siempre inerte, y si bien no lo devuelve a la condición original (su Caída, que se repite en cada de sus infinitos seudónimos, es ontológicamente irreversible), le induce a compensarla con el sano ejercicio de componer máximas y aforismos dirigidos tanto al hombre que escribe como al que aspira a hacerlo.

Una tarde ocupada en dilapidar palitos en las llamas me leyó algunos de estos consejos, los que llevan el penitente título de “Meditaciones para un Miércoles de Ceniza”.

“No escribas porque otros lo hacen”.

“No escribas porque lo hiciste una vez, y bien, y desde entonces te sientes obligado a seguir escribiendo”.

“No empieces a escribir porque una irritación a la piel te obligó a dejarte barba”.

“No escribas porque te complace el dibujo de tu caligrafía”.

“No escribas porque al papá y a la mamá les encanta tu letra y te lo repiten a cada rato”.

“No escribas porque el papá y la mamá te han prohibido terminantemente hacerlo”.

“No escribas porque la tía del lunar y el vecino que colecciona mariposas hallan encantador que lo hagas”.

“No escribas porque haciéndolo crees fastidiar a esa misma tía del lunar y al vecino de las mariposas”.

“No escribas porque te fue mal en el curso de decoración de jardines y te habías aburrido del esmaltado en cobre. Antes de ponerte a escribir, prueba primero con los arreglos florales y como voluntario de la Cruz Roja”.

“No creas que ese fuerte dolor de cabeza es señal de que hace mucho tiempo que no escribes. Ensayá primero con una aspirina”.

“No escribas pensando de antemano que cierto número de páginas te permitirán a fin de mes pagar la cuenta de la luz”.

“No escribas porque te has dado cuenta de que mientras lo haces no oyes los berridos de la guagua. Por más que te empeñes, ella seguirá con hambre”.

“No escribas creyendo que después de haber redactado dos líneas, la tercera va a revolucionar la literatura universal”.

“No elijas ser escritor porque tu abuelo y tu padre también lo fueron. Piensa que puedes llegar a escribir peor que ellos, y que el oficio de escribir no es un negocio que se adquiere con sólo pagar el impuesto a la herencia”.

“Recuerda que el trabajo duro es un pobre sustituto del talento”.

“Cuando pongas humor en tu obra, haz que un buen chiste valga por mil silogismos”.

“Evita el plagio, pero si te decides a perpetrarlo recuerda que es inaceptable e inútil salvo cuando llega a superar el objeto inspirador”.

“*Nulla dies sine letera*. Escribe una página al día y a la vuelta del año tendrás un libro de 365 páginas. Aprovecha los años bisiestos”.

“Pero no está de más que medites si no es un acto de irresponsabilidad seguir echando libros al mundo”.

“Si una persona te ofende, omítela en tus memorias y ponla en una novela”.

“Empéñate en ser autor de un solo gran libro, de modo que tu prestigio aumente por cada obra que no escribes”.

“No olvides que para el escritor el éxito es siempre temporario, es sólo un fracaso demorado”.

Que tu máxima aspiración sea: “La inmortalidad... y luego morir”.

“Piensa que no eres un genio, lo cual quizás es un defecto, pero que tampoco te sientes un genio, lo cual es sin duda una virtud”.

Haz tuya la máxima de cierto poeta: “Escritor que se duerme se lo comen las vanguardias”.

“Si no escribes como un niño no entrarás en el Reino de las Letras”.

“El escritor nace bueno, la teoría lo corrompe”.

“Pero cuanto la expulsa por la puerta se le mete por la ventana”.

“Recuerda que escribir novelas no es contar mentiras; es darle al lector la libertad de creerte o no”.

“Pero eso no quita que escribir novelas no sea más que martillear sobre una mentira hasta convertirla en verdad”.

“Cuando escribas, ten presente que no puedes ser la Esfinge y Edipo a la vez”.

“Cuando expreses una idea por escrito, léela, bórrala y escríbela de otro modo: la primera redacción es casi siempre un lugar común o una frase recibida”.

“No escribas porque crees que haciéndolo quedarás fuera de la Rueda de la Vida. Ni aun la vocación literaria te libera de tu condición. Considérala desde el principio una fuerza más que ayuda a Sísifo a empujar su roca”.

“No sigas escribiendo porque al hacerlo una vez te sentiste entrar en un espacio liberado del tiempo. Cuando lo abandonaste, eras de todos modos algunas horas más viejo”.

“No escribas porque crees que en esa forma salvarás tu alma. En la otra vida te pedirán igualmente cuenta de tus actos, y quizás los encargados de juzgarte sean intencionadamente analfabetos”.

“No te importe que lo que escribes está de parte de los Ciempiés o contra las Hormigas; si es una flor a los pies de la Virgen o atrasa en cien años la revolución mundial: la ética en literatura son las lágrimas de cocodrilo de la estética”.

“Haz tuya la sentencia de aquel autor: hay mucha diferencia entre escribir bien y escribir mal, pero hay una diferencia aún más grande entre escribir muy bien y el verdadero arte”.

Después de haber meditado sobre estos principios en la cima de una torre de silencio y en ayuno riguroso, repite tres veces con los ojos vueltos hacia tu ombligo: “Escribo y seguiré escribiendo porque es otra de las tantas cosas inútiles que nadie puede hacer por mí”.